

ENTRE MANTAS Y NARCOLENGUAJE

La estrategia de comunicación del narcotráfico

*“Los grandes crímenes contra la mayor
parte de la humanidad se justifican
mediante una corrupción corrosiva del lenguaje
y el pensamiento; una deliberada maquinación de
eufemismos, falsedades y engaños conceptuales”.*

JAMES PETRAS

Por Javier H. Contreras Orozco

horocontreras@gmail.com

Hace años la actividad del narcotráfico irrumpió en el país, y en especial en el estado de Chihuahua, dejando una huella indeleble en la sociedad chihuahuense. Antes de la violencia desmedida e irracional, reinaba la paz y la tranquilidad, salvo los hechos de delincuencia común, que sin restarle importancia,

al menos no alteraban el orden ni la estabilidad. Esos años -a distancia-, se ven con nostalgia y añoranza.

La ubicación geográfica del estado de Chihuahua, ha sido parte de su desventaja, como también una ventaja. La cercanía con el principal cliente comercial, ha privilegiado las actividades industriales y manufactureras así como comerciales, tanto para la importación como la exportación. Estar en una frontera, es una posición envidiable para muchas entidades y países por el flujo de mercancía, dinero y personas. En cambio, tiene la desventaja de que, lamentablemente, una de las vocaciones de las fronteras son el contrabando y el tráfico de drogas por la demanda y oferta que desarrollan esas comunidades emergentes y mixtas.

Durante muchos años, por ciudad Juárez, Ojinaga y Janos, principales fronteras de Chihuahua con EUA, el tráfico de productos de origen norteamericano o de otras nacionalidades fue el motor económico de esas regiones, así como el paso de droga de aquí hacia Estados Unidos de Norteamérica. Este país, además de ser el principal cliente comercial, es también el principal consumidor de droga en el mundo. Tiene un segmento muy atractivo con una demanda rica y exigente para cualquier negocio, sobre todo, cuando las mercancías requeridas deben ser trasladadas por fronteras muy porosas y con controles laxos y sobornables, aunque con el rostro de impenetrables y sofisticadas. Esa historia de abastecer de droga a los vecinos “gringos” es muy vieja, con los estigmas entre corruptos y honestos que se han lanzado el oferente y el demandante, o las justificaciones de combate a los narcotraficantes, mafias o malos policías, pero con una gran falsedad e hipocresía.

Esa conducta fue el común denominador durante varias décadas, donde la simulación fue la actitud de la ciudadanía, ignorando, con una intención insana esa realidad, siempre y cuando no afectara la tranquilidad y la vida normal local. Si los adictos norteamericanos requerían cada vez más cantidades de droga o variedades diferentes de hierbas y pastillas, a los paisanos no les preocupaba ni espantaba el sueño que los vecinos vivieran en falsos paraísos o en una degradación social. Era su problema, no el nuestro.

Pero de pronto todo cambió. Chihuahua pasó de una zona de trasiego a un mercado local. La entidad, además de ser una de las puertas más atractivas para enviar droga a los Estados Unidos de Norteamérica, se incorporó a las fatales estadísticas de adictos o dependientes de drogas con la aparición de mercados locales, zonas en disputas por diferentes grupos de narcotraficantes y por lo tanto una nueva demanda que generó una rivalidad comercial, lo que confirma que los

chihuahuenses son también parte del problema de la violencia generada por el narcomenudeo.

Con el surgimiento de enfrentamientos entre bandas rivales de narcotraficantes por el control territorial en diferentes zonas de la entidad, la violencia criminal provocó un clima inédito, sin antecedentes en Chihuahua. No se trataba de estallidos sociales como una revolución, ni violencia institucionalizada como represión, ni asesinatos masivos o selectivos como en una guerra civil. Fue la incursión de una violencia con otra lógica criminal, donde las ciudades eran los campos de batalla, donde los ciudadanos eran paralizados por el temor y miedo a ser víctimas colaterales de un enfrentamiento entre grupos de delincuentes.

En esa disputa entre grupos criminales, con una serie de implicaciones como la colaboración y dependencia en muchos casos de algunos policías, se fueron dando una serie de variables que no se habían experimentado o al menos no se tenían antecedentes de formas de confrontación entre delincuentes y mucho menos, se imaginaba la posibilidad de que desarrollaron una estrategia de comunicación, dirigida hacia la ciudadanía, el gobierno, las policías y a los mismos grupos rivales.

Coptar, sobornar y controlar

Hay leyendas urbanas que los primeros pasos de control de algunos negociadores del narcotráfico, utilizado principalmente con los mandos altos y medios de las corporaciones policiacas, fue el planteamiento de la disyuntiva de si aceptaban dinero o se arriesgaban a ser víctimas. Era la clásica frase de: plomo o plata. La primera opción que recibían los responsables de perseguir a los delincuentes era que aceptaran un soborno sin compromiso, sin mayor riesgo y con la única condición de no interferir en sus actividades así como mantener sus nombres y acciones en bajo perfil.

En ese entonces, todo era tan sórdido que solo en el ambiente policiaco y criminal se conocían esos compromisos. La instrucción a cambio del pago mensual o según los plazos pactados, era que los asesinatos o aprehensiones si acaso había, no se hicieron del conocimiento de los medios de comunicación. La estrategia, antes de que se desatara la violencia entre bandas criminales, consistía en que la prensa estuviera ajena a esos temas y a los personajes involucrados. Hubo caso de nombres de narcotraficantes impronunciables por las policías y por lo tanto, así no trascendían a los medios de comunicación.

En el momento en que los policías aceptaban la “plata”, ya pasaban a estar en la nómina del crimen, y por lo tanto, desplazaban a los verdaderos jefes policiacos y su nueva encomienda era reportar cualquier acción sospechosa a los delincuentes y por supuesto, mantenerlos informados de cualquier investigación, denuncia u operativo para intentar detenerlos. Ya coptados, quien cumplía, recibía puntualmente su pago; quien quedaba mal o no respetaba el acuerdo, era asesinado. Era el “plomo”.

En esa fase de “bajo perfil”, a los periodistas se les amenazaba de no publicar casos de asesinatos perpetrados por estas bandas criminales. Era la época en que se mantenían “dobles” reportes policiacos. Unos eran los delitos del fuero común que mantenían a raya a las secciones policiacas, y habían otros informes confidenciales –si acaso se elaboraban- que se quedaban en los escritorios de los jefes policiacos, sin que se incorporaran a las estadísticas. A lo sumo, si el asesinato llegaba a trascender en algún medio, se dejaba sin identificar a la víctima con la consabida frase de que fue una “venganza entre mafiosos”.

Esos años fueron de simulación pero también fue el reflejo de que había un solo grupo hegemónico que controlaba las rutas de trasiego o transporte de la droga y a los policías. La estrategia de comunicación era mantener todo callado. La amenaza era que las autoridades policiacas no dieran información de nada y que los medios no publicaran nada.

La segunda fase se iniciaría a raíz del atentado contra las torres del World Center en Nueva York, en septiembre del 2001, cuando el gobierno norteamericano impactado por el alcance de un grupo terrorista, restringió de manera defensiva sus fronteras y especialmente, la que tiene al sur con México. Los narcotraficantes resintieron de inmediato el daño, aunque les benefició en el incremento del precio al complicarse el envío de la mercancía a los principales consumidores.

Ante el temor de los norteamericanos de que presuntos terroristas ingresaran a ese país por las fronteras mexicanas, “semi-sellaron” la entrada de droga por la prioridad de seguridad nacional de que fuera una puerta para potenciales enemigos de esa Nación. Para los transportadores de droga, representó un compás de espera y almacenaron su mercancía, aunque no podía permanecer mucho tiempo en bodegas o escondida porque perdía valor y reducía su calidad. Ese hecho los llevó a la desafortunada decisión de crear un mercado local y abrir puntos de mercadeo u oferta de su mercancía, mientras se restablecía la situación de la frontera. Fue uno de los puntos más graves para la entidad en que se dispararía los índices de consumo, ante una oferta en diferentes puntos, con una demanda en el nivel medio y alto de la sociedad y además, afinaron la

estrategia de ir ampliando mercados con nuevos segmentos, sobre todo en colonias de la periferia así como puntos de venta como bares, antros y centros de diversión.

Aparte de seguir enviando droga al extranjero, aunque temporalmente de manera más limitada, crearon estos mercados emergentes locales, lo que les representó hacer estructuras de control, menudeo, protección a vendedores y puntos de venta, y una negociación con policías para desplazarse más fácilmente en las ciudades y en zonas rurales.

El crimen organizado tiene entre sus estrategias de crecimiento, el control territorial donde van diversificando diferentes delitos como cadenas criminales para crear un círculo cerrado de total hegemonía. Nada sucede sin su consentimiento, nadie actúa sin su permiso, nadie se desplaza sin pagarles cuota, nadie pasa sin avisarles o pedirles permiso.

Las amenazas de la delincuencia han hecho una merma en la libertad de expresión y de información en México. Más grave que una censura o que la misma autocensura, existe la intimidación y la amenaza, porque invalida la voluntad o la decisión editorial de cada medio. David Fuentes¹ expresa que las tácticas de intimidación empleadas por la delincuencia organizada han dejado acorralados a reporteros, fotógrafos y directivos de medios, puesto que a punta de balas y amenazas son obligados a callar o son intimidados para manejar la cobertura de la información a su favor.

Así se estuvo desarrollando por un tiempo hasta que los pactos de asignación o respeto por regiones se desplomó, se desquiciaron los liderazgos regionales de los jefes criminales y empezaron las pugnas internas entre grupos por ganar nuevos espacios, desencadenando uno de los enfrentamientos más violentos y sangrientos que ha tenido México, a causa del control territorial, entre los diferentes grupos del crimen organizado.

Del silencio a lo grotesco

Al iniciar la feroz batalla entre grupos de criminales por la disputa de mercados y territorios el tratamiento e impacto mediático cambió radicalmente. De la amenaza por mantener el silencio se brincó a la amenaza para hacerlo público.

¹ DAVID FUENTES, “Ejercen el periodismo bajo fuego”, El Universal, 21 de abril de 2013, México, p. A18

De la censura y mordaza se pasó a lo grotesco de exhibir cadáveres mutilados o amordazados y de la simulación se fue a la saña.

El crimen organizado impuso una estrategia de comunicación en diferentes frentes, desde intentar usar a los medios de comunicación como voceros hasta imponer a la sociedad -a través de los medios- su lenguaje criminal.

De los tiempos en que estaba prohibido –bajo amenaza de muerte- publicar hallazgos de cadáveres productos de venganza, cobros o competencia, se pasó a exhibir a los muertos. Si antes la llamada a los medios era para exigir la censura, ahora hablaban para dar la ubicación exacta de personas muertas. La batalla entre las bandas criminales había pasado a otra fase, y ahora usaban de estrategia la difusión de esos asesinatos como mensaje y aviso a los contrarios y la vía eran los propios medios. En muchas ocasiones, los reporteros gráficos eran los primeros en llegar –antes que las policías- a la escena donde minutos antes habían sido acibillados delincuentes.

Su estrategia comunicativa estaba montada sobre el trabajo de los periodistas. Sabían o eran aconsejados del interés periodístico por la oferta informativa o de lo atractivo que resultaba llegar primero a la escena del crimen. Se creía, en ese entonces, que se estaba cumpliendo con el trabajo periodístico buscando la exclusividad de la noticia, el dramatismo del hecho, la oportunidad y el impacto de estar en el lugar envidiable para ser testigo de un hecho noticioso, por sangriento que fuera.

Fue la etapa en que los medios de comunicación sirvieron de boletines para avisar de “ajusticiamientos” con dedicatorias para la banda rival, para los policías que pudieran no estar “alineados” y para la misma sociedad que entraba en un clima de temor.

Cuando venía la respuesta del grupo contrario, la intención era mostrar más saña que los enemigos. Si les habían torturado a uno de la banda, la respuesta era secuestrar a un contrario y aplicarle una tortura más sangrienta. Y luego, a mutilarlos, degollarlos, quemarlos o desintegrarlos en ácido. Los medios de comunicación reportaban estos hechos, sirviendo de voceros al crimen organizado.

Otra forma de comunicación mediática, fue a través de las famosas mantas que por su contenido del crimen organizado se conocen coloquialmente como “narco-mantas” que fueron utilizadas en lugares públicos, para que fueran del acceso de los medios de comunicación.

La estrategia era muy simple. Por lo general, eran instaladas por las madrugadas o al amanecer en puentes u otros puntos de interés donde fueran fácilmente visibles. Llamaban a los medios avisándoles de dicha manta y cuando acudían a tomar las fotografías, a los 10 o 15 minutos –milagrosamente- arribaban patrullas de manera aparatosa, con sirenas encendidas y despejando con prepotencia el área. Era el complemento de la escena: el objetivo ya se había logrado porque los medios habían captado el contenido de la manta y ahora la policía tenía que aparecer como si actuaba de manera eficiente, llevándose la manta o cartulina para “incorporarlas al expediente”.

Lógica criminal: conmigo o contra mí

A principios del siglo III se desarrolló una doctrina fundada por el mago Manes que tenía la influencia del dualismo persa y consideraba que existen dos elementos –el bien y el mal- por lo cual se excluían uno de otro, dando forma a lo que ahora conocemos como maniqueísmo para expresar dos visiones radicalmente opuestas y que la opción por una, implica la negación de la contraria.

Algo así empezó a suceder en los medios de comunicación con la publicación de las mencionadas narco-mantas. El objetivo de los delincuentes al llamar a los medios era para que tomaran las fotos y luego las publicaran y así utilizarlos como voceros. Los contenidos de las mantas eran muy variados, pero en todo caso, el interés era que se hicieran públicos, pero como la lógica criminal es maniqueísta, representaba un peligro o un involucramiento el publicarlas o no publicarlas: si la manta era del grupo “A” para enviar un mensaje o amenaza al grupo “B”, los medios que la publicaban eran del “agrado” del grupo “A”, pero quedaban bajo la sospecha del grupo “B” de estar a favor del grupo “A”. O de no publicarla, entonces del grupo “A” asumían que estaban a favor del grupo “B”, porque no les hacían llegar su mensaje o amenaza.

Ante esa lógica criminal, los medios de comunicación quedaban entre dos fuegos y no se quedaba bien con algún grupo criminal y si, bajo la mira o sospecha de no querer aceptar el papel de voceros o intermediarios de los mensajes.

En otras ocasiones, las mantas tenían la finalidad de advertir o inculpar a policías o autoridades. Algunas veces, las listas de nombres que aparecían eran para provocar el miedo y atemorizar a los señalados y así nulificarlos de su función. Otras, era para generar confusión y descrédito en agentes o jefes

policíacos que sospechaban “trabajaban” para el grupo contrario y exhibirlos. Algunas más fueron amenazas que se cumplieron y los mencionados fueron asesinados, creando un ambiente de indefensión e ingobernabilidad.

Como estrategia de comunicación, estas mantas cumplieron su cometido, en parte, porque era una forma de enterarse de sus actividades, objetivos o enemigos, como si fueran boletines o partes de guerra. Sin embargo, en la sociedad provocaron una percepción de inseguridad e impunidad, pues en algunas ocasiones llegaron al extremo de grabar el momento en que instalaban mantas y luego el archivo lo subieron a la red social de Youtube, como un reto a las policías

Las mismas redes sociales también han sido utilizadas como medios de comunicación por algunos grupos criminales, donde promueven corridos, fotografías y videos de asesinatos o enfrentamientos.

Secuestro de calles y del lenguaje

El crimen organizado ha impuesto su lenguaje a los medios de comunicación, porque una de las formas concretas de la delincuencia para influir en la sociedad es lograr que sus términos o lenguaje se vayan utilizando y se incorporen al uso coloquial o común de los ciudadanos, de tal manera que la adopción de su lenguaje se convierta en una variable para colonizar o imponer culturas.

El lenguaje del crimen organizado está estructurado en base a sus actividades y acciones, con claves y códigos similares a las policías, pero con un soporte tecnológico que les permite interferir en los canales de comunicación oficiales y desde ahí lanzan consignas o amenazas. Conocen las claves de todas las corporaciones, porque también tienen sus sistemas de espionaje e información, o sea, infiltrados dentro de las policías.

Los términos de “ejecución”, “jefe de plaza”, “lugarteniente”, “levantón”, “sicario”, “sicariar”, “comando armado”, “estaca”, etc., son utilizados por los delincuentes, y los medios de comunicación han sido los principales promotores de este léxico, dando la interpretación y difusión de los mismos, por lo que han permeado a la sociedad. Las mismas autoridades o funcionarios también hacen eco de esos términos, a pesar de ser los utilizados por los delincuentes, y con su investidura de autoridad, los replican de manera oficial, de tal manera que se ha generado un nuevo discurso donde los niños conocen y utilizan estos términos de

manera común, juegan con los significados y en ocasiones, simulan las acciones que representan esas palabras.

En esta estrategia de extender su narcolenguaje, los delincuentes han sido exitosos, porque han logrado la difusión y uso, distorsionando la realidad social por un lado, y por otro, creando una confusión entre los que deben de aplicar una “orden de ejecución”, como sería un juez y no un delincuente, que por su propia mano, asume el papel de “ejecutor” y asesina a un competidor que vende droga en determinada zona.

La agencia Association Press (AP) dio a conocer en un despacho² enviado a los medios de comunicación la declaración del portavoz de la Secretaría de Energía Víctor Avilés Castro, quien señaló que “si queremos recuperar las calles, primero debemos recuperar las palabras” porque la delincuencia “ha terminado de imponer su lenguaje a los medios al lograr que se vuelvan de uso común palabras como <levantón> (secuestro), <encajuelado> o <encobijados> (términos usados para describir donde es dejado un cadáver, en una manta o en el maletero de un coche), entre otros”.

Dice Julián Andrade³ que la disputa –entre grupos criminales- también es por el lenguaje y desde hace años esos grupos han intentado imponer una gramática de la violencia que se expresa en las llamadas narcomantas en los cadáveres a los que les cuelgan recados o marcas y la red es una plataforma en la que se colocan mensajes y amplían los pleitos entre los diversos grupos del crimen organizado. Asimismo, señala que la Organización de las Naciones Unidas también puso el ojo en la necesidad de “desnarcotizar” las informaciones provenientes de los poderes públicos, y más bien enfocarse en una narrativa clara y precisa sobre lo que ocurre en asuntos relacionados con la violencia.

El mismo analista considera que una parte del problema surgió por un error de la autoridad en el pasado, cuando se emitieron mensajes contradictorios, como las apariciones en horario televisivo estelar de sujetos como Edgar Valdés, La Barbie, y se fueron creando personajes que lejos de inhibir los delitos, eran vistos como referentes del poder y el dinero. Uno de los efectos más perniciosos es que el lenguaje sirva para la construcción de informaciones que contengan fuera de contexto hechos delictivos, pues en el fondo, los delincuentes intentan establecer una agenda que les permita causar miedo en la sociedad y complicar el trabajo de las autoridades, de tal manera, que para los medios, es un reto el romper las

² AP, Se extiende al lenguaje “guerra” contra el narco, El Heraldo de Chihuahua, 17 de abril de 2013, Chihuahua, p. 4B.

³ ANDRADE, Julián, La gramática de los violentos, La Razón, 16 de abril de 2013, México, p. 9.

barreras de silencio o de control e imposición de lenguaje por parte de los criminales.

En el Primer Encuentro Nacional de Comunicadores en Seguridad Pública⁴, se pidió a los encargados de comunicación cambiar el lenguaje así como la forma de presentar a los criminales. Otras de las directrices que marcó el Gobierno Federal como recomendación a estos comunicadores oficiales en relación a la batalla contra el crimen organizado, aparte de evitar los términos del llamado narcolenguaje, fue no hacer presentaciones en vivo de detenidos, no permitir que los detenidos den entrevistas a medios de comunicación, no presentarlos con arsenales o armamentos de alto calibre, evitar presentaciones con policías encapuchados. Otras recomendaciones fueron transmitir que los asuntos de seguridad no sólo tienen que ver con policías, sino con temas de desarrollo social y prevención, utilizar más y de mejor manera las redes sociales e informar oportunamente y con veracidad sobre situaciones de riesgo.

En ese mismo evento, el general colombiano Oscar Naranjo Trujillo, asesor externo del gobierno federal en materia de seguridad y director ejecutivo del Instituto Latinoamericano de Ciudadanía, aseguró que al momento de comunicar, los gobiernos se enfrentan al reto de tener conciencia de los desafíos y consideró que “una comunicación efectiva significa comunicar con transparencia, no sesgar la verdad”⁵. Esta recomendación es para evitar que los medios se conviertan en departamentos de comunicación del hampa como dice Diego Quesada⁶ al afirmar que “el crimen organizado ordena ejecuciones, secuestra, extorsiona, cobre derechos de piso (el de ser y estar) y se preocupa por lo que se dice y se escribe sobre él. Funge como un departamento de comunicación del hampa”.

Del control territorial al informativo

Cuando los estrategas preparan una guerra, elaboran -a la par de las tácticas militares- una estrategia de información. Las guerras se ganan en el campo de batalla y se ganan también en los medios. Un informe⁷ sobre la violencia contra la prensa en México, elaborado por la Wanifra (World Association of Newspapers and New Publishers) señala que en muchas zonas de México, el

⁴ EL NORTE, Sugieren no mostrar como héroe al narco, 15 de abril de 2013, Monterrey, NL, p. 2

⁵ MILENIO, Naranjo: ante la violencia, comunicación sin sesgos, 14 de abril de 2013, México, p.23

⁶ JUAN DIEGO QUEZADA, “El narco intenta imponer la *omertá*”, El País, 20 de abril de 2013, Madrid, p. 26-27.

⁷ Wanifra, Una amenaza de muerte a la libertad, septiembre 2012, Paris, Francia, p. 5

Estado ha perdido su control sobre el territorio y su autoridad está puesta en cuestión por grupos criminales. En ciertas regiones, ciertos elementos de las fuerzas estatales están infiltrados por la delincuencia organizada y responden fundamentalmente a los intereses de ésta última.

En su afán de control territorial, un cártel necesita asegurarse el control informativo de dicho territorio. “Los cárteles de droga sigue una lógica feudal: necesitan establecer un control local sobre un territorio dado”, explica en este informe Frédéric Saliba, corresponsal del periódico francés *Le Monde*, en la ciudad de México. “Naturalmente, son los medios locales en ese territorio los que están más expuestos a la violencia”. Por eso, es importante para todo grupo criminal el modo en que se informa sobre la muerte de sus miembros, de los grupos rivales, de efectivos del ejército o de la policía.

La conclusión que muestra este informe es que la prensa mexicana se enfrenta a una crisis de dimensiones históricas. En su afán de control territorial, el crimen organizado la está silenciando con éxito en muchas regiones del país a través del uso brutal de la violencia; la está utilizando incluso como plataforma comunicacional. El simulacro institucionalizado por vía de mecanismos y órganos ineficaces e insuficientes, la colusión con el crimen organizado y la opacidad y autoritarismo a sus tres niveles hacen condenable el rol de las autoridades.

Los medios tienen grandes desafíos a los que se están enfrentando poco a poco, a través de acuerdos comunes y medidas de protección y seguridad. Sin embargo, mientras persista la impunidad, todas las demás medidas que dispongan las autoridades o los medios no serán más que paliativos de reducción del riesgo. El peligro será una realidad para los reporteros, la erosión de la libertad de expresión continuará y la sociedad mexicana permanecerá en la oscuridad.